

SUSCRICION EN MADRID.

POR UN MES... 4 RS.
 POR TRES MESES... 40
 POR UN AÑO... 40

LA SEMANA,

PERIODICO PINTORESCO UNIVERSAL.

SUSCRICION EN PROVINCIA

POR TRES MESES... 42 RS.
 POR SEIS MESES... 24
 POR UN AÑO... 50

REVISTA MUSICAL.

Fin de una cuestion pendiente.—Triunfos artísticos de la señora Montenegro.

Recordarán nuestros amables lectores que en la última *Revista Musical* que publicamos, y bajo el epígrafe de RECTIFICACION IMPORTANTE, tratamos de desvanecer ciertos hechos que con respecto á la señora Montenegro, y con mucha inexactitud, sentó un periódico cuyo nombre llamamos entonces y llamamos ahora.

Pues bien, aquel periódico, herido sin duda en su esquisita susceptibilidad, porque le llamamos *papelucho*, en vez de contestar á derechas, como era natural, se desencadena contra esta señora y contra nosotros con la mas virulenta y envenenada diatriba, que vamos tambien á desvanecer, *concluyendo aqui esta incesante polémica, y protestando no volver á decir palabra sobre el asunto.*

Amigos, como los que mas, de la discusion, siempre que ella sea razonada, decorosa y digna, huiremos constantemente de la odiosa que desciende al terreno de las personas, por lo mismo que con ella es incompatible la moderacion y la templanza. Tenemos, á Dios gracias, medios y confianza en nosotros mismos para oponer razones á razones y hechos á hechos; y aunque no abrigamos pretensiones de ninguna clase, como al citado periódico le plugo suponer, ni cultivamos esta clase de trabajos sino por pura afición, vemos honrados nuestros pobres y desaliñados artículos con su insercion en periódicos tan acreditados, tan dignos, tan notables como son *El Herald*, *La Ilustracion* y el en que escribimos estas líneas.

Dejando pasar desapercibidas, porque no consideramos que nos ofendan, las calificaciones que el periódico en cuestion se permitiera respecto de nosotros, trataremos de echar por tierra las gratuitas suposiciones que relativamente á la señora Montenegro, objeto principal de su encono, no comprendemos por qué, hace el referido papel.

Nosotros, que por mas que lo dude el autor ó redactor del artículo en cuestion (no siempre suelen ser una misma cosa) tambien vamos siguiendo de lejos los pasos de los artistas que nacen en Europa, hemos seguido asimismo los de la señora Montenegro, y en prueba de ello consignaremos muchos datos sacados de documentos auténticos que podemos mostrar al mencionado autor ó redactor, si á nosotros tiene la bondad de acercarse.

Primer dato. El maestro compositor Halévi, autor de *La Tempestad*, *La Judía*, *Carlos VI*, etc., escribió á la señora Montenegro una carta en 7 de enero de 1842, y á poco de hallarse la artista en París, invitándola á tomar parte en un concierto que habia de tener lugar ante S. A. R. la duquesa de Orleans.

Segundo dato. El ilustre Rossini, en vista del éxito que la señora Montenegro obtuvo en 1844 en Milan con *La Norma*, la dirigió la siguiente carta que prueba mas que cuanto nosotros pudieramos decir.

Héla aquí.

«Mi apreciable amiga: principio esta dando á vd. la mas cordial enhorabuena por el grande y merecido suceso que acaba vd. de obtener. Mi pronóstico no podia ciertamente tener mejor resultado. ¿Está vd. libre para el próximo otoño? En ese caso tenga vd. la bondad de escribirme inmediatamente, pues mi mayor deseo seria hacerla contratar para nuestro teatro comunal de Bolonia, el cual es *di cartello*, habiendo dado fama en dicha estacion á los primeros artistas de Europa. La empresa se compone de mis mayores amigos, y todo se combinaria del mejor modo posible. Repito á usted mil enhorabuenas, y me ofrezco suyo, etc.—Rossini.»

Tercer dato. El célebre maestro Pacini empezó á escribir por entonces *L'Ebreca* para otra artista, que no nombramos, y la concluyó para la señora Montenegro, como puede verse en la dedicatoria que figura á la cabeza de todas las piezas del *partitito* impreso en Milan. —El autor del libretto, Giacomo Sacchéro se le dedicó igualmente á la artista por medio de los siguientes renglones.

«Alla divina Antonietta Montenegro devotamente el autor.»

Cuarto dato. G. Benelli, agente teatral de Milan, Tomo III.

dirigió una carta á la señora Montenegro á Venecia, el 27 de enero de 1845, en que la decia que el agente de este teatro, Lannari, le habia hablado de ella con el mas grande entusiasmo por el modo con que habia cantado *Roberto il diavolo*, y que dicho empresario se hallaba en aquel punto á contratar un tenor y un bajo, puesto que los de la compañía de Venecia habian sido mal recibidos del público de *La Fenice*.

Muchas mas pruebas podriamos aducir para evidenciar el éxito que la señora Montenegro, alcanzó tanto en Milan, como en Venecia: nos basta con las enunciadas, aunque haremos observar que ni la carta de Rossini, ni la dedicatoria de Pacini serian dirigidas «á la esposa del general español desgraciado» como sienta el periódico á que aludimos, sino á la cantante eminente, á la artista inspirada.

Pero sigamos aun sus pasos y hallaremos las siguientes líneas en un periódico de fecha posterior á las citadas. No queremos traducirle.



Antonietta Montenegro.

«Antonietta Montenegro: l'avvocato Cleto Capitini, direttore del Reale teatro italiano di Berlino, ha scritturato direttamente l'egregia prima donna assoluta Antonietta Montenegro per i due prossimi mesi di aprile e di maggio, colle stesse onorifiche condizioni accordate al celebre tenore Napoleone Moriani. Il suddetto Direttore seppa così cautelare la propria intelligenza ed avvedutezza, riconducendo sulle scene italiane di Berlino la prelodata attrice-cantante, che fu già nell'autunno 1843 sì bene accettata alla Real Corte e che lasciò tanto desiderio di sé nella più colta popolazione della capitale della Prussia»

Para concluir nuestro trabajo, damos á continuacion los siguientes párrafos de la biografía de la artista, publicada en el *Herald* del 9, y en *La Gaceta* del 40 del corriente mes, aun cuando en estos párrafos se repita algo de lo dicho anteriormente.—*Biografía que hasta ahora no ha sido rectificada.*—Dicen así.

«Treinta y ocho fueron las representaciones que de la *Norma* dió la Montenegro aquel Carnaval (el año 44) en el teatro de la *Scala*, consiguiendo en todas frenéti-

cos aplausos que no consiguió arrebatarle la *Tadolini*, que alternaba con ella al mismo tiempo ejecutando la *Linda di Chamounix*, su ópera favorita.

Participa del entusiasmo general el maestro Pacini, escribió inmediatamente *La Hebreca* para nuestra compatriota, la *Alboni*, *Ivanof*, *Marini* y *Ferloti*: siendo tan grande el éxito que obtuvo la señora Montenegro, que el célebre maestro la dedicó la ópera, consignándolo así á la cabeza de la *partitura* impresa en Milan aquel año.

No contentos los milaneses con sembrar todas las noches de flores el escenario, obtuvieron el permiso de la suprema autoridad austriaca para coronar en la escena á la señora Montenegro, así como tambien le concedió para acuñar una medalla con su retrato y la siguiente inscripcion al reverso:

NUOVA
 ALLE LIBRICHE SCENE
 APPARVE
 VERA INSPIRATA NORMA
 PER AZIONE E CANTO SUBLIME
 IN MILANO
 MDCCCXXXIV.

Para demostrarla de la manera mas evidente, que ella, la *Pasta*, y la *Malibran* habian sido las tres artistas aprobadas en la ópera favorita de los inteligentes milaneses, entrelazaron su nombre con el de aquellas dos celebridades, para festejarla de este modo tan delicado el dia de su despedida.

En tan elevado puesto, continuó en las estaciones llamadas *di cartello* en los teatros de Roma, Venecia y Viena, donde el malogrado Donizzetti la eligió para desempeñar la *Elisabeta de Roberto D'Evreux*, despues de haber producido en Roma el mayor entusiasmo en *I due Foscari*, durante las treinta y dos veces que le desempeñó; por lo cual la Academia Filarmónica Romana, y la de Santa Cecilia la remitieron los títulos de *sócia de mérito* de ambas corporaciones.

La Montenegro es modesta sin afectacion, como lo aprueba el temor que tenia á presentarse en teatros, aun despues de haberla dicho Rossini en casa de la de Aguado: «Señora, canta vd. tan bien, que sin mas estudio puede presentarse ante el público mas exigente de Italia, saliendo yo garante del resultado.»

Verdad es que tambien la pronosticó sonriendo, que por el defecto de no saber hacerse valer, obtendria mas laureles que recompensa de intereses materiales.

Escriturada despues para el teatro italiano de Berlin, con objeto de contrarestar el gran éxito de Jenny Lind en el teatro Aleman, sostuvo dignamente tan gloriosa competencia, obteniendo triunfos estrepitosos en *Lucrecia*, *Lucia*, *Sonám bula*, *Puritani* é *Il Barbiere*.

Al siguiente dia de su primera salida, la escribió la baronesa de Luk, dama de la reina, las siguientes líneas: «Mi estimada amiga: en la corte no se habla hoy mas que del triunfo que obtuvo vd. anoche, por el que la doy á vd. mil enhorabuenas. La condesa Rossi (1) desea contraer amistad con vd.; si (como no lo dudo) no tiene vd. inconveniente en ello, anticipese vd. á visitarla.»

El rey de Prusia, no contento con asistir al teatro siempre que cantaba la Montenegro, la hizo ir con toda la compañía, coros y orquesta á su palacio de Saint-Souci en Postdam para que ejecutase la funcion de despedida.

Queriendo todas las ciudades de Alemania juzgar el talento de las dos *estrellas*, la del Norte y la del Mediodia, (nombres con que los periódicos designaban á la Lind y á la Montenegro), contrataban á ésta siempre inmediatamente despues de aquella, y en todas partes recibía grandes obsequios y ricos presentes de los principes alemanes. La reina de Dinamarca hizo mil elogios de ella delante de toda su corte, y SS.MM. asistian hasta á los ensayos. Despues de colmarla de regalos, la propusieron, por conducto del conde de Yoldi, (español) darla la direccion del teatro italiano, con una grande subvencion, y el título de cantante de cámara; gracia que la Montenegro se vió precisada á rehusar, por el compromiso que tenia contraído de pasar á Inglaterra. Escriturada en el gran teatro de la Reina con Jenny Lind, ambas sostuvieron la competencia contra el teatro de Convent-Garden, en el cual figuraban la Grissi y la Persiani.

Los poderosos empresarios de Manchester, Dublin,

(1) La célebre Sontag.

Liverpool y Edimburgo se la disputaban á porfía, y en todas estas ciudades ha producido grande efecto, y sabido es que en todas ellas se ha seguido la competencia nacida en Londres entre los nuevos y antiguos artistas del teatro de S. M.

También el público de París ha sancionado el invierno último el fallo tan favorable dado por la Europa entera en favor de la Montenegro, la cual ha obtenido la gloria de que varios periódicos francese la designen con el nombre de *la Rachel Lirique*; y muchos de los que hoy leerán estas líneas han sido testigos del frenético entusiasmo que en Bayona ha producido en la *Favorita*, *Lucia*, *Barbero* y *Norma*. Cuando ya los bayoneses no tenían coronas que arrojarla á la escena, iluminaron la última noche la fachada del teatro en obsequio suyo.

Después de haber acompañado á nuestra compatriota por toda Europa, y sido testigos desde lejos de sus triunfos artísticos, vengamos con el periódico tantas veces citado, á calificarla en el teatro del Príncipe.

Permítanos el mismo, que no contestemos á los primeros párrafos de su virulenta crítica, porque los juzgamos absurdos de todo punto, y porque las ovaciones que en dicho teatro ha obtenido la señora Montenegro, y la opinión de la prensa nos relevan de ello.

Diremos sin embargo, que si bien es cierto que la señora Montenegro canta *medio tono* bajo la *cavaleta* del ária de «Casta diva», la Pasta, para quien fué espresamente escrita *Norma*, la cantaba del mismo modo; la Malibran la cantaba *un tono bajo*, ó lo que es lo mismo en *mi bemol*, y la Grissi la canta en el propio tono. ¿Y habrá por esto quien ponga en tela de juicio el mérito de las tres últimas, y su *tessitura* de *soprano*?

La misma Grissi canta un *tono* bajo el duo del segundo acto, y la señora Montenegro le canta en *do*, como está escrito.

Y lo mismo que sucede con las tipleas, sucede con los tenores.—Donzelli tenía que trasportar *medio tono*, *uno*, toda la música que cantaba Rubini, y no por eso Donzelli ha dejado de ser uno de los primeros tenores.

Por último; la señora Montenegro ha dicho los recitados y llevado los aires de las piezas, como á ellos convenia, no pudiendo creer nosotros que los haya ejecutado de distinto modo que en *La Scala* en 1844. Tenemos á la vista un artículo notable que en la Gaceta musical publicó el maestro Mazzucatto, y que no insertamos por su mucha estension, prodigando á la artista mil elogios, precisamente por lo mismo que encuentra censurable el autor ó redactor del periódico, que arroja un tono enfático y pedadógico, nos ha demostrado *realmente mas pretensiones* de las que él supone al autor de las *Revistas musicales* de LA SEMANA.

O.

Madrid, 28 de octubre.

A MI QUERIDA TIA DOÑA R. B. DE I.

LA CARIDAD.

Miradla cuan hermosa,
de Dios en el espíritu engendrada;
solicita, amorosa;
de viva luz cercada,
de compasion en lágrimas bañada.

Su pura frente bella
despide el rayo de la blanda aurora;
la lumbré que destella
el sol, que el mundo dora,
en sus divinos ojos atesora.

Cuando precioso llanto
salpica de su faz la suave grana,
esconde el sumo encanto
la altiva rosa ufana,
que el rocío bebió de la mañana.

A su voz armoniosa
los arroyos se paran bullidores,
y el aura vagorosa;
empananse las flores,
y cesan de cantar los ruiseñores.

Su hermosa planta es leve;
como el cedro su talle levantado;
la túnica de nieve;
bello el manto preciado
de púrpura, y en oro recamado.

Su mano el blanco lino
suspende, con que enjuga de tristeza
el llanto al peregrino:
levanta su cabeza
en diamante ceñida y fortaleza.

Por ella el Dios potente,
que entre nubes de gloria se escondia,
soltó la rica fuente
que en sí del ser tenia
desde la aurora del eterno día.

«Haya—dijo—criaturas;
los cielos se poblaron:
angélicas y puras
muchedumbres se alzaron,
que «*Hosanna Hosanna* al Inmortal» clamaron.

Por ella estremecida
la nada para el hombre abrió su seno:
brotó esperanza y vida,
vistió verdor ameno,
ardiente luz y resplandor sereno.

Por ella en el instante
que el mortal á Jehová ciego ofendia,
del brazo fulminante
el rayo que pendia
el hijo escelso con amor desvia:

Y en la suprema hora,
«Padre, dice, descarga tu venganza;
me son dulces ahora
espinas, cruz y lanza,
pues vida el hombre con mi muerte alcanza.»

Por ella sostenidos,
el árbol de la cruz los pecadores
plantaron atrevidos
del mundo entre las flores,
regado con su sangre y sus sudores.

Por ella muchedumbres
la palma del martirio conquistaron,
que de las altas cumbres
los ángeles miraron,
y de púrpuras rosas coronaron.

Ella abrió generosa
albergues al infante desdichado,
que al ver la luz hermosa
arranca despiadado
honor severo del materno lado.

Al misero doliente,
del mundo adúlador triste deshecho,
le brinda dulcemente
hospitalario lecho
dó el ay exhale del rasgado pecho.

Ardiente, apasionada,
del mar no la amedrenta la bravura,
altiva cumbre helada,
horrenda sima oscura,
fuego, hierro, huracanes ni criatura.

Allí su planta lleva
dó algun ser de su amparo necesita:
socorre, escucha, eleva,
enseña, solicita....
es todo para todos infinita.

Jamás ve su tesoro
riquísimo agotar: á su desvelo
si faltan plata y oro
hallar sabe su anhelo
un suspiro, una lágrima un consuelo.

Su lengua comedida
cual áspid nunca venenoso hiere;
disculpa enternece
ageno el mal que oyere,
y á su palabra la calumnia muere.

Envidia ni venganza
jamás su pecho generoso aduna;
sonríe á la bonanza
de próspera fortuna,
y llora las desdichas una á una.

¡Virtud la mas sublime,
escelsa *Caridad*! surca el espacio:
tu hermosa planta imprime
egregio en el palacio,
donde brilla el diamante y el topacio.

Al ser que augusto impera
de mil seres y mil sobre el destino,
cual la mayor lumbrera
dile que de continuo
vierta luz y abundancia en su camino.

Ve allí donde el avaro
insomne escucha el suspirar del viento;
en su placer tan raro
sumido el pensamiento,
del oro corruptor siempre sediento.

Persuádalo elocuente
á verter estancado su tesoro
cual derramada fuente;
que sepa cuanto lloro
secar pudiera con su estéril oro.

Vuela donde el mundano
de placer en placer adormecido,
no escucha de su hermano
el misero gemido,
que vaga en torno á su gozar perdido.

Preséntale la esposa
bajo el ruinoso techo recatada,
que en desnudez no osa,
temiendo una mirada,
implorar compasion la desdichada.

Al yerto seno oprime
pedazos de su ser, yertas criaturas;
mil ósculos imprime
en sus megillas puras,
surcadas por tempranas amarguras.

En agitada espera
aguardan del esposo la venida.
¡Esperanza postrera,
también huyes perdida!
No el padre á su regazo los convida.

Macilento y sombrío
penetra por la tétrica morada:
«No hay pan, pronuncia frío;
no hay Dios, esposa amada,
busquemos paz en la infinita nada....»

Del crimen horroroso
la infelice muger lo aparta en vano:
egoísta poderoso
el arma dió su mano
que le dijo al pasar: *Perdone, hermano*.

Tan doloroso drama
al mostrar *Caridad* al potentado,
abrázalo en tu llama:
su alcázar sea dorado,
templo á la compasion ya consagrado.

Dile, que, mas suave
la bendicion del triste es al oído,
que el modular del ave;
que el nombre bendecido
graba el cielo en diamante conmovido.

También dile al que pasa
arroyo sin caudal por este suelo,
que de su suerte escasa
al pobre dé consuelo,
cual las flores salpica el arroyuelo.

Enseña al indigente
á orar por sus hermanos de dolores,
y á perdonar clemente
al que, pisando flores,
desoye lastimados sus clamores.

Dile que si perdona,
y á Dios bendice en el rigor del hado,
el llanto le es corona,
y púrpura y brocado
el andrajo que viste mutilado.

Tu mano llega pura
al maldecido labio del que infama:
¡ay! como la tersura
tornar puede á la fama
en que el veneno de su voz derrama!

Profundas las heridas
de la lengua infernal murmuradora,
á todos dirigidas,
llora, *Caridad*, llora
en el tranquilo ocaso y á la aurora.

Del universo lanza
ira, murmuracion, desprecio, usura,
envidias y venganza:
bajo tu planta pura
broten fraternidad, amor, dulzura.

Enseña al mundo cuanto
el don el pecho al infeliz destroza,
si entre sarcasmo tanto
á la mezquina choza
lanzado es con desden de la carroza.

Aprenda, que mas vale
alguna vez en indigencia artera
la compasion se exhale,
que no la verdadera
socorros pierda y vejacion adquiera.

Sepa que el alto cielo,
el infinito bien, está ligado
á dar por Dios consuelo,
un misero bocado,
una taza de agua al desdichado.

Abrase al orbe entero,
hermosa *Caridad*, tu viva llama
como hasta el mar postrero
su luz, de rama en rama,
brillante el sol con profusion derrama.

Y ya que hasta mi frente
llegastes, á imprimir ósculo santo,
porque brotase ardiente
en tu loor mi canto,
pon en mis ojos tu divino llanto.

La luz de tu hermosura
no cruce cual vision mi fantasia,
mas que tu lumbre pura,
hasta el postrero dia,
brille en mi vida, y en la muerte mia.

ROSA BUTLER.

40, febrero, 1854.

CRONICA DE LOS PRINCPES DE ASTURIAS. (1)

POR DON NICOLAS CASTOR Y CAUNEDO.

(Continuacion.)

CAPITULO XVII.

DON FERNANDO DE AUSTRIA Y AUSTRIA.

El 14 de noviembre de 1570, verificó Felipe II sus cuartas bodas en Segovia con su sobrina Ana de Austria, y el 4 de diciembre del año siguiente, dió ésta á luz, en el palacio de Madrid, un infante que se llamó Fernando. Grande fué el regocijo de los reyes y de toda la nacion con este nacimiento, y el actual pontífice, que era San Pio V, envió á la reina la enhorabuena con la rosa de oro bendita que en tales casos se acostumbra. El 31 de mayo de 1573, fué don Fernando jurado principe de Asturias en el monasterio de San Gerónimo de Madrid. Nada mas podemos referir de este tierno principe que cual un relámpago atravesó la vida, pues murió el sábado 18 de octubre de 1578, cuando aun no cumpliera siete años. Su cadáver fué conducido al dia siguiente al monasterio del Escorial.

CAPITULO XVIII.

DON DIEGO DE AUSTRIA Y AUSTRIA.

Era hermano del anterior, y fué su nacimiento en Madrid á las cinco de la mañana del 12 de julio de 1575. El bautismo tuvo lugar el 23 del mismo mes, dia en que se celebra la fiesta de Santiago, patrono de las Españas, circunstancia por la que se impuso al infante, el nombre de *Diego*, hasta entonces desusado en la familia real. Aun no habia cumplido cinco años cuando por la muerte de su hermano Fernando, recayó en él la dignidad de principe de Asturias. Las cortes se reunieron en la capilla del palacio de Madrid, un martes 4.º de marzo de 1580, y se hallaron presentes los reyes y gran número de representantes de los tres brazos; clero, nobleza, y pueblo. El cardenal, arzobispo de Toledo, é inquisidor general, don Gaspar de Quiroga, tomó el juramento á los circunstantes; don Luis Fernandez Manrique, el pleito homenaje y el licenciado Juan Diez de Fuen-Mayor, el mas antiguo de los camaristas de Castilla, designó la fórmula del juramento y las obligaciones que éste imponia. En 1580 cuando el rey quiso acercarse á la frontera de Portugal, (cuya corona pretendia) llevó en su compañía al tierno principe á Mérida y Badajoz, mas habiendo fallecido en la última de estas ciudades en 27 de octubre, la reina doña Ana de Austria, dispuso Felipe II que el principe de Asturias y sus hermanas se restituyesen á Madrid acompañados del obispo de Córdoba y don Francisco Zapata, mayordomo mayor. Allí permaneció don Diego hasta su muerte, que ocurrió á las seis de la mañana del domingo de 1582, en tanto que el rey se hallaba en Portugal. Al dia siguiente de su fallecimiento fué su cuerpo conducido al panteon del Escorial. El 19 de abril de 1581, habia sido tambien jurado principe de Portugal, en las cortes de Tomar.

CAPITULO XIX.

DON FELIPE DE AUSTRIA Y AUSTRIA.

Tenia los mismos padres que los dos principes de Asturias antecedentes, nació en Madrid un martes 4 de abril de 1578, á las doce de la noche, y tuvo por ayo al muy erudito Garcia de Loaisa, que fué despues arzobispo de Toledo. Contaba de edad cuatro años y nueve meses cuando el 4.º de febrero de 1583, se reunieron las cortes portuguesas en Lisboa en los palacios de la Ribera, y le juraron por principe y heredero de aquellos estados, autorizandolo la ceremonia con su presencia, el rey Felipe II. Hallábase este en Madrid de vuelta, cuando antes de partir á Zaragoza, ordenó se hiciese la jura de su hijo como principe de Asturias, y heredero de Castilla y Leon. Cumplióse la voluntad real, y la ceremonia se efectuó el domingo 11 de noviembre de 1584, segun antigua costumbre en el monasterio de San Gerónimo, celebrando de pontifical el cardenal Quiroga, arzobispo de Toledo. Llevóse el rey, al principe á Zaragoza, Barcelona, y luego á Monzon donde tenia convocadas las cortes de la monarquia aragonesa, y en ellas los representantes del reino de Valencia le juraron por heredero el 6 de noviembre de 1584, los de Aragon el 9 del mismo mes y los de Cataluña el 14. Tambien fué jurado principe de Viana y heredero de Navarra en las cortes de Pamplona celebradas el 4.º de mayo de 1586, á las que concurrió con el rey. En el año siguiente encontramos en la historia al mencionado principe don Felipe con motivo de haber sido

uno de los que llevaron las andas en que se conducia el cuerpo de Santa Leocadia, (traido desde Flandes) á su entrada en Toledo el 26 de abril. En los últimos tiempos de su vida, repartia Felipe II los cuidados del gobierno de su vasta monarquia con el principe, el cual observó siempre las mas apacibles costumbres y la mas profunda veneracion al rey su padre. Concertó éste las bodas de don Felipe con Margarita de Austria, hija del archiduque Carlos, mas no logró verlas realizadas por la muerte que le sobrevino. Poco antes de dar el último suspiro, llamó al principe á quien dió con su bendicion excelentes consejos, que despues observó este cuando ocupaba el trono, que fué desde 13 de setiembre de 1598, hasta 11 de marzo de 1624, que falleció en Madrid. Su sepulcro está en el Escorial.

CAPITULO XX.

DON FELIPE DOMINGO VÍCTOR DE LA CRUZ DE AUSTRIA Y AUSTRIA

Nació en Valladolid el 8 de abril de 1605, y el 29 de mayo fué bautizado con la mas extraordinaria magnificencia, sirviendo al efecto la pila en que lo habia sido Santo Domingo de Guzman, que se trajo de Caleruega. El celebrante era el cardenal don Bernardo de Sandoval y Rojas, arzobispo de Toledo, y los padrinos Victor Amadeo, duque de Saboya, y la infanta doña Ana. Poco tiempo mas adelante se nombraron para ayo y para maestro del niño infante, don Baltasar de Zúñiga y don Galceran de Abanell, caballero catalan, y en el mismo año de su nacimiento fué llevado á Madrid donde se trasladó tambien la corte. El 13 de enero de 1608 fué la jura de don Felipe como principe de Asturias en San Gerónimo de Madrid, oficiando de pontifical el cardenal arzobispo de Toledo. El año 1612, se trató el casamiento del principe con Isabel de Borbon hija de Enrique IV, rey de Francia, mas no se verificó, á causa de la corta edad de los contrayentes, hasta el 18 de octubre de 1615, y fué por poderes, hallándose la novia en Burdeos y el principe con toda la corte en Burgos. Reunidos en esta ciudad los jóvenes esposos se dirigieron á Madrid. Habiendo el rey pasado á Lisboa, en 1619, le acompañó el principe, y en las cortes allí reunidas, fué jurado por heredero de la monarquia portuguesa, volviéndose ambos en seguida á Castilla. En 1621, cambió don Felipe el titulo de principe por el de rey, por haber fallecido su padre, y despues de un largo reinado de cuarenta y cuatro años, murió en Madrid el 17 de setiembre de 1665. Era Felipe sensible al halago de la gloria, generoso, amante de sus súbditos y protector de las artes, pero indolente y descuidado en el gobierno de sus estados, fué causa de muchos males que aun pesan sobre nuestra patria.

CAPITULO XXI.

DON BALTASAR CARLOS DE AUSTRIA Y BORBON.

Fuó hijo primogénito de Felipe IV de quien acabamos de hablar, y de su primera esposa Isabel de Borbon, habiendo nacido en Madrid en 17 de octubre de 1629 á las 6 de la mañana, y dándosele desde el momento en que vió la luz el dictado de principe. El bautizo se celebró el 4 de noviembre en la parroquia de San Juan, los padrinos fueron el infante don Carlos y la reina de Hungría y el bautizante el cardenal don Antonio Zapata. La reunion de las cortes que debian jurarle, se señaló para el domingo 22 de febrero de 1632, mas habiéndole sobrevenido al principe una leve indisposicion, se retrasó hasta el 7 de marzo. Verificóse aquella segun el uso, en San Gerónimo con la mayor solemnidad posible. Por este tiempo el conde de Linares fundándose en ciertos derechos de familia, pretendió el condado de Gijón, pero esta villa y todas las demas de Asturias, se opusieron enérgicamente y no consintieron se menoscabase en lo mas minimo el patrimonio del heredero del trono. Al cumplir don Baltasar Carlos la edad de catorce años, dispuso el rey asistiese al despacho para amañarse en la difícil ciencia de gobierno y proyectó su enlace con la archiduquesa Mariana de Austria. En el mes de marzo de 1643, marchó con el rey su padre á Zaragoza y allí fué jurado por las cortes de Aragon por principe de Gerona y sucesor en aquellos reinos. Residia aun en la referida ciudad, cuando ocurrió su muerte el 9 de octubre de 1646 siendo trasladado su cadáver al Escorial. Este triste é inesperado suceso difundió el mayor sentimiento en toda la monarquia, pues no tenia Felipe IV á la sazón, otro hijo varon que le sucediese.

CAPITULO XXII.

DON FELIPE PROSPERO DE AUSTRIA Y AUSTRIA.

El 7 de octubre de 1649 contrajo el rey don Felipe IV su segundo matrimonio con Mariana de Austria, la misma que estaba destinada para esposa del malogrado principe de que acabamos de hablar. Creyóse por mucho tiempo estéril esta señora, mas por fin el 28 de noviembre de 1657, dió á luz en Madrid á un infante á quien se impuso el nombre que sirve de epígrafe á este capitulo y cuyo nacimiento causó extraordinaria alegría, y tanta mas cuanto que no era esperado. Mas á este niño principe de Asturias, aconteció lo que á otros varios de sus antecesores, que fué pasar de la cuna al sepulcro, pues apenas llegaba á los cuatro años, cuando sucumbiendo á un ataque de alferencia

en Madrid el primero de noviembre de 1664 fué á ocupar un lugar en el Escorial, panteon de sus abuelos el 2 de diciembre del mismo año.

CAPITULO XXIII.

DON CARLOS JOSE DE AUSTRIA Y AUSTRIA, (el Hechizado).

Aun no se enjugaran las lágrimas que la prematura muerte del principe de Asturias, hiciera derramar, cuando (cinco dias despues) nació en Madrid el último vástago de Felipe IV y de la célebre dinastia austriaca que desde luego se llamó principe de Asturias. Cuatro años contaba cuando en setiembre de 1665 heredó la corona de España por muerte de su padre. Fué su reinado de los mas infelices que se registran en los anales de nuestra patria, y es conocido de todos. Era don Carlos religioso hasta tocar en la supersticion, pusilánime, indolente é irresoluto. Murió en Madrid el 1.º de noviembre de 1700 y yace en el Escorial.

CAPITULO XXIV.

DON LUIS FERNANDO DE BORBON Y SABOYA.

En el famoso tratado entre España y Francia de 1659, conocido con el nombre de *Paz de los Pirineos*, se estipuló el casamiento del rey Luis XIV con la infanta española doña Maria Teresa de Austria y Borbon, hija de Felipe IV. De estos procedió Luis, Delfin de Francia que casó con Maria Cristina de Baviera y que tuvo dos hijos, Luis que fué duque de Borgoña, y Felipe duque de Anjou, que como pariente mas cercano de Carlos II, fué llamado por el testamento de este, á ocupar el trono en 1700, siendo el tronco de la dinastia de los Borbones de España. En 1701 se desposó Felipe V con Maria Luisa Gabriela de Saboya, y el 25 de agosto de 1707 nació de este matrimonio en Madrid un hijo á quien se impusieron los nombres de Luis Fernando, por devocion á estos dos santos que contaba entre sus ascendientes. Ardia entonces en nuestra patria la desoladora guerra llamada de sucesion, y deseando el rey Felipe V consolidar por todos los medios posibles la corona de España en su familia, dispuso fuese su hijo reconocido por sucesor y principe de Asturias, á pesar de su tierna edad. Reuniéronse las cortes al efecto, segun el uso, en el monasterio de San Gerónimo, y el 7 de abril de 1709 tuvo lugar el acto recibiendo el juramento el cardenal Portocarrero, y el pleito homenaje el duque de Medinaceli. Al año siguiente continuando muy encarnizada la guerra fué el principe trasportado con toda la corte á Valladolid. Aconsejando algunos cortesanos á la reina que se ausentase de España por algun tiempo para eludir los peligros de la guerra, contestó con animo varonil que jamas abandonaria cobardemente el trono en que Dios la habia colocado; pero que en el caso de verse precisada á salir de las Castillas iria á acabar sus dias á la noble tierra de Asturias, llevando en sus brazos á su hijo, para pedir á aquellos fieles habitantes, defendiesen á su principe con la antigua lealtad que les caracteriza.—En 1721 se acordó el enlace de don Luis Fernando, con Luisa Isabel, princesa de Montpensier é hija del duque de Orleans, y se publicó de oficio en el real sitio de San Ildefonso el 9 de octubre. A principios de 1724 hallándose el principe de Asturias en el Escorial recibió el acta de abdicacion del rey su padre con una sentida carta de éste, llena de los mas sabios consejos para gobernar con acierto. Inmediatamente se trasladó á Madrid, donde fué proclamado con la solemnidad y ceremonias de costumbre el 9 de febrero. Su reinado fué de los mas breves que nos presenta la historia, pues el 31 de agosto del mismo año murió de viruelas en el Buen Retiro y fué sepultado en el Escorial como sus antecesores. Las bellas prendas que formaban el carácter de este amable principe, hicieron que fuese por *vasallos llorado con sinceras lágrimas*.
(Se concluirá.)

LA HISTORIA DEL MATRIMONIO (1).

CUADRO IV.—LOS NOVIO CON SUPERIOR PERMISO.

Yo te quisiera querer
y tu madre no me deja,
jen todo se ha de meter
el demonio de la vieja!

(Cancion popular.)

El novio de contrabando, es al jugador de monte lo que el novio de oficio al jugador de la loteria; los primeros están prohibidos, los segundos autorizados. El novio, cuando lo es por solo el consentimiento de la novia, anda como el taur, huyendo de un lado para otro sin saber donde colocar el tapete, y nunca cree seguras las cartas de la vigilancia de la mamá; á cada paso teme que le sorprenda la policia-suegra para echarle el gancho. Se figura que no le persigue, porque ignora que juega, y no sabe que le consiente jugar hasta que haya cobrado una verdadera aficion al vicio. Las madres profesan en este punto la politica de resistencia y prefieren castigar el delito á impedir su desarrollo. En suma: novio aficionado puede serlo cualquiera, novio de profesion no lo son todos; si estos cuadros no estuvieran consagrados á las mugeres, ó éstas entendiesen latin, venia aqui de molde aquello

(1) Véanse los números 102, 103 y 104.

(1) Véanse los números 101, 102 y 103.

de: *Multi sunt vocati, pauci vero electi*. Muchos son los llamados, pocos los que caen en el garlito. Nosotros, por fortuna, tenemos muchos que ofrecer en este lienzo, y antes de pintarlos á todos, daremos una ligera idea de cada uno de ellos.

El primer modelo es jóven, (cosa clara; á perro viejo no hay *tus, tus*) y hace tres años que está en relaciones amorosas con una niña de diez y ocho. Estar en relaciones amorosas, es, como saben mis lectoras, una de las peores estancias de este mundo; el tiempo que pasa mientras tanto lo ponen entre las partidas de data, debiendo incluirse en las de cargo, y así va de ello. El hombre que ejerce por espacio de ocho ó diez años el oficio de novio, cuando llega á viejo pregunta en qué época de la vida acostumbra el hombre á ser jóven, y no lo sabe. Nuestro modelo no se vió en tan lamentable caso; la madre de su amada le despertó á los tres años para avisarle de que se le iba pasando la juventud. Habían sido infructuosas las repetidas escitaciones que hizo á su hija para que le dijese al novio que *errar ó quitar el banco*, y se decidió á hacerlo por sí propia. Cogióle un día entre puertas y á solas, y sin dejarle replicar una sola palabra, le espetó la siguiente arenga:

—Señor don fulano, vd. es un caballero de juicio y de talento; y sabe bien los deberes de una madre para con su hija.

Don fulano empezó por ponerse colorado, y luego azul, y luego verde, y por último se quedó amarillo como un cadáver.

—Vd., continuó la madre, habrá estrañado que yo no le haya dicho nada nunca acerca de sus amores con mi hija.

El hombre amarillo quiso hablar y no se lo permitió la señora; al propio tiempo se asomó á la puerta la hija y dijo la madre:

—Niña, tú no puedes oír lo que estoy hablando con el señor; vete allá dentro hasta que yo te avise.

Esta advertencia bastó para que la niña se quedase detrás de la puerta á ver si era verdad que no podía oír la conversacion.

—Mientras han estado vds. en relaciones los dos primeros años, continuó diciendo la madre, lo he sufrido porque creí que era cosa de muchachos y todos hemos hecho lo mismo; pero hoy ya es cosa formal y necesito saber con qué intenciones entra vd. en mi casa; porque si solo trata de perder el tiempo, ya ve vd. que á mi hija no la conviene estar así; ha despreciado dos ó tres acomodos muy buenos por estos amores, y no podemos seguir de esta manera. A mí me costaba mucho trabajo el hablar á vd., pero ella no ha querido hacerlo, y sus tios me quemán la sangre diciéndome que ¿cuando se casa? y en fin, por todas partes le ven á vd. seguirla y acompañarnos, y el honor de una señorita no gana nada con estar así.

Dejó de hablar la madre y se le pegó la lengua al paladar al novio. Una bala de cañón que le hubiese llevado medio cuerpo, no le habria hecho tanto efecto como aquel requerimiento. Cierito es que no era una bala rasa la que tenia suspendida sobre la cabeza, pero era una suegra raída que queria pasarle sino á hierro á yerno, y el asunto era de importancia. Cualquier doctor en medicina le habria calificado de síncope grave, y aunque la enfermedad de amor que padecía el manco era mortal, el remedio era heroico; nada tenia de particular que se quedase perplejo. Despues de pasado el susto, nos ha confesado él propio, que si estando enfermo le hubiesen propuesto el cortarse un brazo ó una pierna no habria vacilado, pero que se trataba de amputarle la cabeza y dudó un momento. Sin embargo, ¡preciso es confesarlo!... amaba á la hija y dió su blanca mano de yerno á la futura suegra.

—Señora... la dijo, señora... no sé como ha podido vd. dudar de mis intenciones.... yo he declarado mi amor á su hija de vd. con todo decoro, sin comprometerla y si las gentes hablan....

A través de la puerta se oía la respiracion agitada de la niña. La madre iba perdiendo el color por momentos.

—Ni los señores tios de esa señorita ni nadie, tiene motivos para censurar mi conducta, añadió el jóven, yo estoy en relaciones con su hija de vd. porque pienso....

La madre se salía del asiento espantada; sus ojos estaban dentro de los labios del jóven, y las orejas parecían despegarse del craneo.

—Pienso.... pienso.... (el jóven estuvo pensando cinco segundos) pienso dijo por fin, pienso.... casarme....

El crispado y erguido cuerpo de la madre, cayó de repente á plomo sobre la silla; sus hombros ensancharon mas de tres pulgadas por parte y los oídos plegaron las compuertas como si temieran que se escapase la palabra que acababa de entrar allí. El corazon no pudo arrojar por la boca el peso que le oprimia y le subió á los ojos.

La bienaventurada señora enjugó con el pañuelo sus lágrimas. Respetemos su llanto. Le concedemos á todas las madres, siempre que ven pasar sus hijas á los brazos de el hombre que las roba con ellas todo el trabajo de su afanosa vida; pero no es tiempo de disertar sobre este punto; hora llegará en que las acompañemos á todas en su justo dolor. Ahora nos está aguardando otro modelo.

Este no es jóven, y sin embargo piensa en casarse (parece imposible!) Tiene cincuenta años largos de servicio en las filas solteras, y no aspira á la cruz de San Hermenegildo, sino á la del matrimonio. Busca la mas

pesada; allá se las haya, y Dios le libre de un Cirineo. Ha visto á la novia dos veces, y le ha parecido excelente para muger propia; cuando la vea de muger propia, una, hablaremos. No se dirige para pedirla en matrimonio, ni á la interesada ni á la curadora, busca un agente intermedio; nadie mas á propósito que el confesor de la madre; ¡brava eleccion! Ya le ha visto y tiene la suerte de que el sacerdote admita el encargo; el cura se dirige á casa de la novia, y queda hecho el milagro. En esta ocasion la madre se despacha á su gusto: pone condiciones y todas son aceptadas; el novio es rico y casi viejo. A la novia no la dicen que vienen á comprar su mano hasta despues de haberla vendido; antes de preguntarla si quiere casarse, la dicen que el pretendiente tiene casas y tierras, y acciones en el banco de Londres, y carruage; y la niña que quizás se atreveria á desairar al novio, no tiene fuerzas para dar calabazas en un solo día al coche, al banco de Londres, á los olivares y á las casas. ¡Oh!... ¡tantos desaires seria una crueldad!... ¿Qué daño la han hecho las tier- ras, el dinero y el carruage, para rechazarlos de sí? En último resultado á ella no la piden sino la mano, y esa, incluso el guantero y el médico, se la ha dado la niña á tantos, sin que la retribuyeran con nada!

El jóven de cincuenta años queda declarado novio de oficio, y sirve esta plaza muy pocos días; los necesarios para que le den el grado de marido. Otro modelo.

Este es ni mas ni menos que Periquito Derretido, con el cual nos hemos quedado para bosquejar este cuadro. Sucédenos en cuestion de matrimonio lo que en materia de toros, y perdonen vds. la aproximacion; preferimos los voluntarios y los pegajosos. El primer jóven que quiso servirnos de modelo, necesitó que la madre le citara y le obligase, y aun así tardó en dar el hachazo. Perico, por el contrario; lo primero que dijo fué que queria casarse, y puso en planta su plan desde que atado á un hilo y á deshora de aquella misma noche, recibió el siguiente billete, que nos ha remitido original, y de cuya autenticidad ortográfica no permitimos dudar á nadie. ¡Allá va... y ójala no vuelva!

«señOr doNpedRo deRRetido.

«mUy señOr miOyDe mico RazOn auNge EstonoSesi devo deciRlo porge Dicemima Má, ge CierTas cosAsno leستاN Vien de Cir lasa las niÑasDe mieda yre CogiDas coModicEmimAmá genos A Criado aMiyami eMana gese mUriopOrsA liR Deun vAile suDada ycon pOco HavriGo.....»

Así está escrita toda la carta, cuyo trozo basta para muestra, y no será el primero por el estilo, que gracias á la educacion de nuestro bello sexo habrán visto los lectores. Daremos para mayor inteligencia una traduccion que hemos hecho con mas trabajo del que fuera menester para cosa de tan poca importancia.

«Señor don Pedro Derretido:

«Muy señor mio y de mi corazon aunque esto no se si debo decirlo porque dice mi mamá que ciertas cosas no les está bien decir las á las niñas de mi edad y recogidas como dice mi mamá que nos ha criado á mí y á mi hermana que se murió por salir de un baile sudado y con poco abrigo de lo que dice uste de haber pasado una noche horrible lo siento y si lo hubiera sabido no le habria dejado que el sereno le tomase por un ladron y hacia uste mal en desconfiar de mi amor por que no soy tan cruel y aunque parezco sería tratada soy otra cosa y así me lo dicen todas las gentes que vienen á mi casa y alguna de esas puede presentar á uste aqui y mi mama no lo llevará á mal y por lo que dice uste que he amado á otros es falso y este será el primer amor y si es para que nos casemos puede uste decirselo á mi mama y yo hare lo que ella quiera pero este uste seguro y tranquilo y deme palabra de dormir esta noche y sino no le doy esta carta que no se como entregarsela porque no quiero fiarme de la criada pero ya me ocurre un medio ataré un hilo y por el balcon cuide uste de que no la coja nadie mas que uste porque lo sentiria y ay que verguenza y digame uste si la ha recibido y á Dios

y se me olvidaba decir á uste que iré á la tertulia y luego cuando salgamos de la tertulia y mi mama se acueste le echare esta carta y no se la enseñe uste á nadie ni á sus amigos de uste que todos los hombres son iguales y no puedo ser mas larga aunque bien quisiera pero me llaman y creo que es visita y abur

posdata: vuelvo á abrir esta porque aun puedo seguir escribiendo porque era el aguador y que fastidio me llevé gran susto porque creí que era alguien y otra vez vuelven á llamar. Pienso Vd. mucho en mí y hasta la noche.»

He ahí la carta que Perico Derretido recibió de su amada, traducida, pero sin puntuacion de ningun género por respeto al original; afortunadamente la novia de Perico no usaba en su escritura puntos, pero en cambio tampoco los gastaba en las calcetas, y esto no es poco. A coser y bordar la habia enseñado perfectamente su madre y pocas mugeres la ganaban á echar una posdata á las sábanas viejas ni á zurcir una admiracion en las camisas. Sabia toda la ortografia necesaria para sazonar un guisado, y en suma, sino era preferible á las mugeres que saben escribir y coser, lo era y mucho á las que no saben ni coser ni escribir, y principalmente á las que por repasar un párrafo, dejan de repasar un refajo. Del mal, el menos; nuestro escribiente de loterias ha estado espuesto á cometer dos disparates y no ha hecho mas que uno.

En este cuadro se presenta con la cabeza erguida y ya va de visita á la casa los domingos y días de fiesta, siéndole asimismo permitido acompañar á la madre y á la hija por las noches al salir de la tertulia. La criada cuando le encuentra en la calle le dice al tendero que aquel señor es el novio de su señorita, y esa graduacion la reconocen entre otros el zapatero del portal y sus tertulianos.

De los domingos y fiestas de guardar se pasa á las medias fiestas: luego se hace una visita diaria, y mas tarde dos cada día, hasta que el novio con el superior permiso de la mamá, no vive en ninguna parte, pero distribuye su vida entre el jefe de la oficina y el jefe de su corazon. Al primero sin embargo, solo le entrega el cuerpo; el alma la guarda la suegra debajo de siete llaves, hasta que pueda llevarla á la Vicaria.

Pero esta respetabilísima matrona necesita un lienzo aparte y lo tenemos encargado de antemano. Mientras le apareja el fabricante, veremos si es tiempo aun de apartar el escribiente de su temerario propósito, y en el cuadro siguiente le diremos:

Antes que le cases
mira lo que haces.

ANTONIO FLORES.

VIAGES.—OTAITI.

Es la mas grande de las catorce islas de la Sociedad, en el gran Océano Equinoccial: en otro tiempo se la llamaba *Sagittaria de Quirós*, y un viajero francés le dió tambien el poético nombre de *Nueva Citera*, en tanto que el capitán Wallis la designaba en la carta de su viage con el nombre de *Isla del rey Jorge III*. Situada bajo un clima feliz, en una latitud donde la temperatura no desciende mas de quince grados Reaumur, y no se eleva á los veinte y siete fué descubierta en 1767. El capitán Wallis tomó posesion de ella en nombre del rey de la Gran Bretaña: mas tarde fué explorada por Cook y Forster.

La isla de Otaiti se compone de dos penínsulas unidas por un istmo que no tiene mas de una legua de ancho: la mas grande de estas penínsulas, situada al Nordeste y nombrada *Otaiti nueva*, es casi circular y tiene treinta leguas de circunferencia; la oriental llamada *Tiarrabon* no tiene mas que seis leguas; la isla entera es montañosa, y en el centro de Opou-Reo-Nouque se elevan las mas altas montañas, que tienen hasta mil seiscientos toesas de elevacion. Encuéntrase sobre la costa septentrional la bahía de Mutavai, donde los buques hallan un anclage seguro desde abril hasta noviembre, siendo por lo demas esta estacion muy peligrosa durante todo el resto del año.

Sobre la costa Sudoeste se designa el havre de Langara, abrigo cómodo en todas ocasiones. Las montañas de Otaiti están generalmente cubiertas de árboles hasta en su cima; mas otras aparecen de un todo desnudas y llenas de innumerables precipicios. Las colinas son comunemente muy escarpadas y se ven cubiertas de una rica vegetacion. Por los flancos de las montañas se lanzan numerosas cascadas, y entre el grupo de eminencias situado encima del valle de Yve-rede existe un hermoso lago de agua dulce; los habitantes de esta region alimentan la idea de que jamas se ha encontrado el fondo de este lago, que tendrá según ellos unos diez mil pies de profundidad.

Sin embargo, el capitán Kotzebue le exploró en 1824, y demostró que solamente tenia mil cuatrocientos pies. El terreno en toda la estension en las costas, en los valles y en las llanuras está cubierto de una verdura resinosa, estremadamente fértil. En las vertientes y llanuras de las colinas se encuentran venas de arcilla y marga de diversos colores, descansando sobre capas de un asperon tierno y grisiento. En estas venas de arcilla, y con especialidad en las partes mas cercanas á la superficie, se descubren piedras negras, de una mediana dureza, pero con un magnífico grano, siendo el basalto el que mas domina en las pendientes de las montañas. El capitán Kotzebue ha indicado no obstante venas bastante considerables de granito.

Desde diciembre á marzo, el viento Oeste sopla con una violencia continua, y constituye la estacion de las lluvias, que son en esta region muy abundantes: el viento Este es el que domina lo restante del año. Sin embargo, esta regularidad de estaciones secas y lluviosas no existe generalmente por todas partes: las lluvias son mas recias y duran mucho mas en el Sur que en el Norte; por eso en esta última parte la recoleccion principal, la del árbol del pan, comienza en el mes de noviembre, y termina en enero; al paso que en la otra comienza en enero para concluir en noviembre.

Todas las producciones de las islas de la Océania crecen con abundancia en Otaiti, y son hasta de mejor calidad. Cuenta esta region hasta ocho especies de árboles de pan; los cocoteros abundan allí mucho. El árbol conocido bajo el nombre de *spondias dulcis*, produce manzanas de un color dorado y de un gusto exquisito; la caña de azúcar es allí de una especie superior á la de las islas orientales. De algunos años á esta parte, los europeos han introducido en el país la cultura del tabaco. Los bosques ofrecen mucha madera de carpintería, cuya buena cualidad la asemeja bastante al mas rico ébano. Tambien se encuentra allí el *morus papyrifera*, cuya corteza sirve para hacer

telas finas y flexibles. Los bambues crecen á una grande altura. La preciosa madera del zándalo, la ama-

dos, adornados de una ceja espesa y bien arqueada; la nariz un tanto roma, la boca un poco grande, los labios gruesos, los dientes uniformes y de una brillante blancura; la barba redonda y los cabellos largos y muy negros. Generalmente son bien formados; en todos sus movimientos se observa estremo vigor y no menos soltura y donaire. Las mugeres tienen la tez menos morena que los hombres, aun cuando no se puede asegurar que son bellas, sin embargo de tener una buena estatura y de ser bien formadas.

Antes de la llegada de los misioneros se pintaban mucha parte de su cuerpo, cuya costumbre parecia estar ligada á las instituciones políticas de la nacion. Estos pueblos gozan la reputacion de valerosos, francos, enemigos de la perfidia, y de poco indicativos; y con efecto, en el dia son los mas civilizados de todos los habitantes de la Australia. La barbarie, la depravacion de sus costumbres, las estúpidas prácticas de su idolatria, todo ha desaparecido delante de la luz esplendorosa del cristianismo. Su rey Pomaré II, recibió el bautismo en 1819, y todos sus súbditos siguieron su ejemplo.

Con la idolatria desapareció igualmente la costumbre bárbara de los sacrificios humanos. Hoy en un circuito de veinte millas cuadradas, no se cuenta mas que una poblacion de diez mil habitantes, y sin embargo en la época del descubrimiento no ascendia á menos de doscientos mil. Esta enorme disminucion se atribuye á los escesos de las bebidas espirituosas, á los estragos de las enfermedades sifilíticas, importadas por los europeos, y al uso que autorizaba á las mugeres de las primeras familias á matar á sus hijos poco despues de su nacimiento.

Su lenguaje es dulce y sonoro; su alfabeto tiene diez y seis letras. En el dia existe en la isla una imprenta, con auxilio de la cual Nott, gefe de la casa inglesa ha publicado la Biblia y otros libros religiosos. Se han construido sesenta y seis iglesias.

La forma del gobierno es una monarquía moderada, y el trono es hereditario. Existe una especie de repre-

pendencia, y el pabellon inglés que en otro tiempo flotaba, ha sido reemplazado por un pabellon encarnado en cuyo centro aparece una estrella blanca.

Despues de la muerte de Pomaré III recayó el go-



Mugeres de Otaiti.



Habitantes de Otaiti.

rilla y la negra aparece en esta isla; pero en corta cantidad, sobre las crestas de las montañas.

bierno de la isla, en su hermana Aimata, que es precisamente la que en la actualidad rige aquel pequeño



Islas de Otaiti.—Bahía de Eyme, residencia de la reina Pomaré.

Los otaitanos tienen una tez cobriza, la cara ovalada, la frente descubierta y redonda, los ojos hundi-

sentacion nacional compuesta de los miembros de la nobleza. En 1823, la isla proclamó su completa independencia. No obstante la intervencion francesa, ha hecho que penetren sus armas en esta region, donde se ha

erigido una junta gubernativa á la cual llaman el *proliatorado* y á la cual está indirectamente sometida la reina Pomaré.

En varias ocasiones han intentado algunos otaitianos emanciparse de este yugo autorizado por la reina; pero ninguna de sus tentativas contra esta princesa ha tenido un éxito favorable á los insurgentes, puesto que los franceses, declarándose protectores de la reina, han destruido estas sublevaciones con energía, y hoy estas islas ofrecen el aspecto mas pacífico y tranquilo del mundo.

El último parte enviado por el gobernador francés al ministro de Marina en París, terminaba del siguiente modo:

«Me creo muy feliz de poder anunciar á V. E., antes de entregar á mi sucesor la misión que yo tenía de la confianza del gobierno, que las islas de Otaiti están completamente pacíficas, y que no preveo nuevas turbulencias para el porvenir.»

SIGISMUNDA Y GUISCARDO.

LEYENDA DEL SIGLO XIII.

I.

EL JURAMENTO.

(Continuacion.)

Cansada de esta lucha terrible é infructuosa se levantó, y como el día anterior, discurría ocupaciones en que adormecer su idea, propuso á su padre una partida de caza, y éste que jamás oponía resistencia á los caprichos de su hija, accedió gustoso añadiendo: si querida, partiremos al instante. Dad orden, dijo á uno de sus gentiles hombres, para que todo esté dispuesto al momento, y avisad al oficial Guiscardo para que nos acompañe.

—Querido padre, jamás he oído nombrar á ese oficial.

—No es extraño, Sigismunda, porque hace pocos días que ha entrado á nuestro servicio. Es un joven aventurero, que por su valor, talento, y honradez, ha merecido mi aprecio. Hoy le conocerás, y creo que aprobarás mi elección.

Si Tancredo hubiera entonces mirado el rostro de su hija, tal vez hubiera sorprendido su naciente amor, tan viva era la emoción que sentía Sigismunda; pero Tancredo, al hacer el elogio de aquel joven ante su hija, jamás podía imaginar que quebrantase su juramento por un aventurero desconocido. Sin embargo, aquel día se había de decidir la suerte de su hija.

Cuando Sigismunda salió de palacio al lado de su padre, se estremeció al ver de cerca á Guiscardo, que se humilló con dignidad ante sus príncipes.

—Guiscardo, le dijo Tancredo, vas encargado de cuidar de la princesa y de mí, creo te portarás como corresponde á tu valor y nobles sentimientos.

—Señor, contestó el joven; mi alma y mi vida son vuestras, procuraré ser exacto en cumplir mis deberes.

Aunque la princesa en todo el día dirigió la palabra al joven oficial, tuvo ocasión de contemplarle detenidamente; cuantas veces le miraba se encontraba con los hermosos ojos negros del joven, que los bajaba prontamente, y sus mejillas algo pálidas se coloreaban ligeramente. Sigismunda volvió al palacio abrasada en el amor del joven, y este no quedó menos prendado de la belleza y vivacidad de Sigismunda. Ambos se habían mirado por espacio de un día, ambos habían comprendido al mirarse el fuego que había prendido en sus corazones. Sin embargo, uno y otro comprendían lo imposible de su pasión. Guiscardo, un simple aventurero, no podía aspirar á la mano de una princesa negada á tantos y tan poderosos señores; Sigismunda estaba imposibilitada por un juramento, y si cualquiera otra pasión la hubiera mirado su padre como un delito, aquella sería un crimen imperdonable por la calidad de la persona. Los dos, pues, se resolvieron á amarse en su corazón, y ambos tenían necesidad de ocultar esta pasión cuidadosamente, pues la menor palabra, la mas ligera manifestación, hubiera escitado el furor inflexible del príncipe de Salerno.

II.

EL SUBTERRANEO.

Algunos meses habían pasado en este estado violento para los dos amantes, que aunque nada se habían dicho, sus miradas se habían explicado bastante por medio de aquel lenguaje mudo pero elocuente que el amor sabe inspirar á los ojos, y con el cual se habían comprendido; pero su disimulo había sido tal, que nadie llegó á concebir la mas ligera sospecha. Sin embargo, Sigismunda había perdido su vivo y sonrosado color, sus ojos se habían hundido algun tanto, y parecían agitarse continuamente con una viveza febril. Guiscardo pálido y flaco, estaba siempre entregado á la mas profunda meditación. Estos jóvenes indudablemente hubieran muerto víctimas de su oculto amor, se hubieran consumido con la fiebre ardorosa y lenta de una pasión imposible, si una rara casualidad no hubiera dado un giro distinto á este amor desgraciado.

Un día en que Sigismunda, sola en su aposento, pensaba en su idea dominante, en su amor, y que se

esforzaba por apartar de sí una pasión que jamás podría lograrse; sintió su cabeza tan acalorada, su corazón palpitaba con tal violencia, su respiración era tan agitada, que buscando un aire mas fresco y puro se encaminó al jardín, creyendo encontrar en la fragancia de las flores algun alivio á su abrasado corazón. Un corredor largo y de poca luz atravesaba parte del piso bajo y conducía al jardín desde la habitación de la princesa. Esta caminaba por él, apoyando su mano contra el muro, cuando le pareció que tocaba en una parte menos sólida que las demás. Como se amparaba con avidez de todo lo que la distraía por un momento, quiso averiguar por sí misma si había allí alguna puerta tapiada. Después de muchos esfuerzos logró levantar el antiguo tapiz que cubría las paredes, y vió con admiración una puerta practicada en el muro, pero cerrada, y cubierta de gruesas planchas de hierro enmohecido por el tiempo y la humedad. Jamás había oído hablar de aquella puerta, nadie en palacio tenía noticia de ella, ¿á dónde conduciría? Su curiosidad se escitó vivamente con aquel descubrimiento; se empeñó en abrir la puerta, pero no se notaba en ella cerradura alguna, solo conoció que se podría abrir empujando hacia lo interior del muro; pero agotó sus fuerzas, y la puerta no hizo el menor movimiento. Sigismunda tuvo que abandonar su empresa, y volviendo á colocar el tapiz como estaba, bajó al jardín ocupada de la idea de como podría abrir aquella puerta, que en su exaltada imaginación creía encerrar algun misterio.

A la mañana siguiente, luego que se retiró su padre, que solía por la comunicación secreta ir á visitarla todos los días; volvió la princesa á reconocer la puerta misteriosa; pero sus esfuerzos eran inútiles, y ya estaba resuelta á abandonar su empresa, y comunicar á su padre el nuevo descubrimiento, cuando le pareció que uno de los gruesos clavos que fijaban las planchas de hierro, se movía un poco. Comenzó á tirarlo, á oprimirlo en todas direcciones, y por fin empujándolo con fuerza oyó descender el resorte. Animada con este descubrimiento redobló sus esfuerzos, y logró abrir la puerta desde la cual comenzaba una escalera muy pendiente y sumamente oscura. Cualquiera otra mujer menos vehementemente que Sigismunda, hubiera retrocedido á vista de una bajada, que parecía conducir al abismo, pero la princesa se armó de valor, y comenzó á bajarla: la oscuridad crecía á cada paso, y temerosa de perderse en un paraje enteramente desconocido, ó de perecer en algun precipicio, retrocedió, con ánimo de esperar otra ocasión en que pudiese bajar luz, pero determinada á no comunicar á nadie su descubrimiento.

La misma agitación y esfuerzos que habían sido precisos para abrir la puerta, se manifestaban en su semblante, y esto le sirvió de pretexto para decir á sus damas que estaba indisputada y quería estar enteramente sola, que ninguno entrase en su cuarto hasta que avisase. Se ejecutó puntualmente su mandato, y ella provista de una antorcha, bajó la larga escalera, y descubrió un subterráneo largo, bastante ancho, y que seguía una dirección recta. Quiso con intrepidez recorrerlo todo, pero los movimientos oscilantes de la luz le representaban sombras que cruzaban rápidamente de una parte á otra, y se detenía por un momento: el vuelo sordo de algunas aves nocturnas que pasaban junto á su cabeza; ó el graznido de alguna de ellas que huía espantada, la hacían estremecer á cada momento; y sus mismos pasos que se repetían á lo lejos en los ecos de la prolongada bóveda, unido á la exaltación que suele espermentarse en tales casos, le representaban espectros que en todas direcciones se movían para salirle al encuentro. La lentitud con que en semejantes casos se camina, hacia interminable aquella lóbrega cueva, y ya casi desesperaba de encontrarle término, cuando le pareció que se divisaba á lo lejos algo de claridad. Aceleró el paso, y no se engañaba, el subterráneo terminaba en la anchura boca de una cueva, pero completamente obstruida por los árboles y maleza que habían crecido en sus bordes, y que apenas dejaban penetrar una pequeña claridad. Antiguamente se conocía haber tenido un descenso rápido formado de piedras toscas y tierra, pero la acción devastadora del tiempo y las aguas, la habían destruido completamente. Una elevación de cinco á seis varas separaba el piso del subterráneo de la entrada de la cueva. La princesa vió que le era imposible reconocer el punto en donde concluía el subterráneo, se volvió á su aposento, tomando como en los días anteriores las precauciones necesarias, para ocultar la entrada.

Aquella noche se entregó Sigismunda á las mas dulces ilusiones. ¡Ah, cuán dichosa soy! exclamaba. La providencia, la providencia benigna se ha compadecido de mí, y me ha manifestado esta senda oculta por donde puedo llegar hasta los apetecidos brazos de mi amante. Mi padre, insensible á mis súplicas, me arrancó un juramento terrible, la flor de mi juventud y belleza estaba condenada por él á marchitarse en la soledad y desesperación, pero ahora ya he encontrado un medio de eludir este juramento; el corazón de un joven digno de mí palpará junto al mio; yo amaré y seré amada, yo gozaré las delicias del amor, y solo el cielo y mi corazón serán testigos de este union dichosa. Ya no pasará mi hermosa esterilidad ignorada, y algun día podré decir con orgullo, ved aquí mi esposo, que desde ahora comenzará á ser mi amante. Un sueño tranquilo vino á completar tan dulces ideas, y á la mañana siguiente todo el cuidado de Sigismunda fué discurrir los medios de indicar la entrada de la cueva á su amante.

Bajó al subterráneo, observó con exactitud la dirección que llevaba, calculó perfectamente á qué parte del monte podría caer, y midió cuidadosamente los pasos que tenía de largo aquel camino oculto. Al llegar á la entrada volvió á esforzarse para asomarse á su boca, pero viendo que se afanaba inútilmente, tomó una piedra, la envolvió en el fino pañuelo blanco que llevaba en su mano, y lo tiró con fuerza hacia la entrada de la cueva. El pañuelo quedó enredado en los arbustos, y la piedra volvió á caer. Entonces Sigismunda regresó á su aposento sin que nadie se hubiese apercebido de sus ausencias.

Todavía faltaba á la enérgica princesa inventar un medio de avisar á Guiscardo; pero no quería valerse de ningún confidente, y era necesario hacerlo de modo que nadie pudiese comprender la cita ni sospechar su pasión. Sabía muy bien la exquisita vigilancia con que su padre la custodiaba, y estaba convencida de que á cualquiera de sus damas que hubiese fiado el secreto lo hubiera declarado á su padre. Se resolvió, pues, á salir del apuro por sí misma.

Bajó aquella tarde al jardín con sus damas, y se manifestó con su padre mas alegre y complaciente que nunca. Como si lo hiciera distraída, cogió del suelo un pequeño pedazo de caña, y andaba con él en la mano jugueteando, persiguiendo las mariposas, sacudiendo suavemente las hojas de los árboles, y señalando las frutas y flores que quería la cogiesen. Al retirarse á su habitación, llevó consigo la caña, y apenas se quedó sola, escribió una carta para Guiscardo, la introdujo muy doblada en uno de los cañones de la caña, y desde uno de los balcones la volvió á arrojar al jardín, cuidando de observar el sitio donde había caído. A la mañana siguiente volvió á pasearse al jardín; Guiscardo, que estaba de guardia en palacio, estuvo pronto al pie de la escalera para hacer los honores á la princesa; pero ésta, por mas disimular, ni aun se dignó mirarlo. En el jardín volvió á recoger la caña, y á jugar como la tarde anterior; y al retirarse y pasar por delante de Guiscardo, manifestando como que llevaba aquella caña en la mano inadvertidamente le dijo: Tomad esa caña, atizad con ella vuestra lumbre ó tiradla. El oficial tomó la caña sin hablar palabra haciendo una profunda cortesía á la princesa, que continuó su camino sin mirarle.

Guiscardo, aunque ciegamente apasionado de la princesa, jamás se había hecho la ilusión de llegar á poseerla; conocía muy bien la inmensa distancia que mediaba entre él y Sigismunda, para que soñase en su completa felicidad; pero había comprendido toda la fuerza de las miradas que la princesa le dirigía, y desde luego conoció que aquella caña tenía otro destino que ser quemada ó rota. La examinó cuidadosamente; pero nada notaba, la rompió y encontró el misterioso billete. Al verlo, su corazón comenzó á palpar con violencia, dirigió una mirada inquieta en derredor suyo, por ver si alguno le había observado, guardó el billete en su pecho, y continuó en su puesto sin atreverse á leerlo, porque alguno no lo viese y sospechase.

Al momento se agolparon á su imaginación mil contrarias reflexiones. ¿Qué contendrá este billete entregado con tanto misterio? ¡Ah! indudablemente mi sentencia de muerte. La princesa habrá observado mis atrevidas miradas, por compasión no habrá querido decirselo á su padre y esta carta contendrá una reprensión severa; me mandará que jamás vuelva á fijar en ella mis ojos. ¡Oh! yo he sido muy necio... yo, cuando observaba sus miradas llenas de pasión, de fuego, de ternura, llegué á hacerme la ilusión de que la princesa toleraría que la adorase en silencio, que la amase como al Dios de mi corazón... ¿pero esta ilusión, será vana?... ¡Ah! si... mis ojos habrán dicho demasiado... Mas este papel puesto sobre mi corazón le abrasa... ¿Si me amará Sigismunda?... ¿Qué locura! ¡la hija del príncipe de Salerno descenderá hasta un miserable aventurero! No, no es posible... este papel no puede contener mas que la condenación mas esplicita de mi loca pasión.

Inquietas y desasosegadas fueron las horas que pasó el joven oficial, hasta que relevado de su puesto corrió á su alojamiento, se encerró en su habitación, y abrió el billete que estaba concebido en estos términos.

«Guiscardo, creo que sois honrado y valiente. Un negocio para el que se necesita un hombre de sentimientos nobles, de virtud y de valor, me ha hecho acordar de vos, que creo reunís estas circunstancias. «A la parte de Poniente del palacio del Príncipe, como á unos tres mil pasos de distancia de sus muros, entre una espesura del vecino bosque, hay una cueva «casi impenetrable. La señal fija para que la distingáis «es un pañuelo blanco enredado en las raíces de los «arbustos que ocultan la entrada. Si la encontráis (como lo espero de vuestra diligencia) recogereis el pañuelo, y éste será el aviso de que conocéis ya la cueva. Dentro de cinco noches, después que la luna se «haya ocultado, ireis á dicha cueva prevenido de una «soga para descolgaros; cinco ó seis varas es la distancia que separa la entrada de la cueva del fondo de «un subterráneo donde no hay peligro ninguno. Esperareis en él tranquilo, hasta que vaya á daros sus «denes una persona á quien no os pesará haber servido. Supongo que adivináis quién os escribe, y que «no quiere fiar su nombre á un frágil papel; luego que «lo hayais leído, lo quemareis, y para este asunto no «buscareis ni compañero ni confidente. Fio en vuestra «caballerosidad.»

Absorto quedó el joven con la lectura de esta carta. No podía dudar que era la princesa quien se la dirigía. ¿Pero qué negocio tan grave la obligaba á aparecer á su generosidad y valor? ¿Debía acudir armado, sin armas? ¿Sería para proteger su fuga con alguno de los muchos príncipes que habían solicitado su mano? ¡Ah! ¡esto sería cruel!... Mas era imposible, Sigismunda no podía comprometerle de un modo tan desusado.... Si vencida de su amor.... Pero la carta que leía y releía muchas veces, ni una sola palabra amorosa contenía. Guiscardo se perdía en inútiles conjeturas, y ninguna le satisfacía; pero era necesario aventurarse á todo, y cumplir lo que se le encargaba.

Apenas la aurora comenzaba á colorar suavemente el horizonte, salió de su casa, midió los pasos que se le habían indicado, y se encontró en medio de un bosque espeso y enmarañado. Separando ramas, saltando piedras, metiéndose por los mas espesos matorrales, reconocía el terreno palmo á palmo, hasta que en medio de punzantes espinos y enmarañadas zarzas, le pareció descubrir una profunda boca; se acercó cuanto pudo, aunque con mucha dificultad, y descubrió en el fondo el fino pañuelo blanco. Su alegría fué grande viendo logrado su objeto, recogió el pañuelo, tomó bien las señas, y marcó los troncos de los árboles inmediatos para poder guiarse en la oscuridad de la noche; luego salió de la espesura, pero tan mal parado y andrajoso, que le fué preciso ocultarse en el bosque hasta que la oscuridad de la noche le permitió volver á su alojamiento sin ser visto.

Los dos amantes esperaron con inquietud la noche señalada, y se entregaron á muy distintas reflexiones. Sigismunda, que no olvidó ver si el pañuelo había desaparecido, gozó en sus ilusiones y sueños de placer: mientras que Guiscardo se perdía en cálculos y dudas que no podían satisfacerle. Este último, viendo lo estropeado que había quedado su vestido, y aun lo que el mismo había sufrido, empleó los días que faltaban en arreglar de cuero muy fuerte, pero flexible, un vestido que le defendiese de los arbustos y zarzas que tenía que atravesar.

Llegó por fin la noche señalada, y el joven oficial que ignoraba completamente á quien ni como tendría que presentarse, se puso un traje sencillo, pero elegante, tomó el vestido de cuero y la soga, y colocó un agudo puñal en su cintura, y se encaminó al bosque. En él se puso el vestido de cuero, y consiguió llegar á la entrada de la cueva, sin mas dificultades que las que ofrecía la escabrosidad del terreno. Ató la soga á uno de los troncos que salían de la misma boca, y se descolgó hasta el pavimento.

A la oscuridad de la noche se añadía la del subterráneo, nada se distinguía; en derredor suyo reinaba un silencio sepulcral, interrumpido solo de vez en cuando por el grito pavoroso del carabo, ó el silbido monótono de la corneja. El hombre mas valiente hubiera sentido erizarse sus cabellos en aquel oscuro albergue; Guiscardo no obstante permaneció tranquilo, mas agitado por las ideas que se sucedían en su imaginación, que por el sitio horroroso en que se encontraba.

Largo tiempo había que esperaba inmóvil bajo la entrada de la cueva, y todavía nadie había concurrido á la cita misteriosa. La noche estaba muy adelantada, y el joven comenzó á sentir cierta inquietud, que unida á la ansiedad que le agitaba interiormente, se hacía insostenible. ¿Si engañado en la oscuridad de la noche había equivocado la cueva? se preguntaba á sí mismo. Pero no, yo tomé bien las señas.... los troncos que señalé con la punta de la espada los he reconocido perfectamente antes de bajar. ¿Si habrán querido burlarse de mí?... ¿Si alguna traición?... Pero no.... la princesa, es incapaz.... ella no podía dudar que la caña contenía el billete.... y él me decía que esperara tranquilo. ¡Oh, lo haré!.... tal vez algún incidente, alguna circunstancia imprevista....

Cansado de esperar se recostó en el suelo, y á poco la claridad que penetraba por entre los arbustos, le hizo conocer la llegada del día. Creció entonces su admiración y ansiedad, porque creyó que una cita tan misteriosa no podía verificarse sino de noche; pero estaba resuelto á esperar hasta la muerte. Trascurrieron algunas horas, cuando se levantó porque le pareció oír un ruido lejano; escucho con atención, el ruido se acercaba, ya le pareció distinguir pasos ligeros y el crujir de una ropa delicada, y no tardó en presentarse una figura de mujer, que como un ángel consolador aparecía en medio de aquella espantosa oscuridad. Era Sigismunda que se había colocado al lado del joven.

—Caballero, le dijo, sé que habreis necesitado de todo vuestro valor y constancia, para esperar tanto tiempo en un lugar como este.

Guiscardo que conoció á la princesa, se arrojó á sus plantas y contestó algo turbado:

—Señora, la incertidumbre, las dudas que asaltaban mi imaginación no me permitían estar tranquilo: pero la orden era vuestra y hubiera esperado hasta morir.

—Esas dudas no tardarán en disiparse; pero aquí estamos muy cerca de la entrada, y hemos de procurar que nadie nos oiga: necesitamos muchas precauciones. Venid conmigo.

Sigismunda alargó la mano á Guiscardo, que al tomarla sintió abrasarse su corazón, y se dejó conducir por medio de aquella oscuridad. Así que estuvieron bastante retirados de la entrada, la princesa con un tono amable y lleno de dulzura le dijo:

—Espero que contestareis á mis preguntas sin faltar en nada á la verdad, porque además de que el ocultarme sería acción indigna de un caballero, tal vez

de vuestra sinceridad pende la vida y felicidad de ambos.

—Señora, os juro por lo mas sagrado, que nada os ocultaré, y podeis estar segura de que Guiscardo jamás ha faltado á la verdad.

—Pues bajo ese concepto, ¿habeis confiado á alguno el secreto de esta cita?

—A nadie absolutamente.

—¿Habeis quemado la carta que recibisteis dentro de la caña?

—Al momento que me enteré de su contenido.

—Ahora decidme vuestro origen, ocupación, y demás circunstancias que á vos pertenezcan, sin ocultarme nada.

—Mi patria es Normandía; mis padres ilustres descendientes del famoso Roberto Guiscardo, primer duque de la Pulla, pero bastante pobres; mi profesión las armas, en las que he adquirido una reputación sin tacha; mi ocupación al presente oficial de la guardia de vuestro padre, y vuestro humilde criado.

—¿Y estais enamorado?

—Desgraciadamente lo estoy, pero mi amor es un imposible, un delirio.

—¿Pues qué, adorais algun ser fantástico? ¿O vuestro amor ha sido siempre rechazado?

—Ah, no, augusta princesa! no es un ser fantástico, es un ángel, un prodigio de hermosura, á quien jamás me atreveré á confesar mi amor.

—¿Luego ignorais si os ama, puesto que jamás la habeis hablado de vuestra pasión?

—Lo ignoro, pero sé que no puede amarme. ¡Oh, señora, una distancia inmensa!....

—¿Y si os amase? ¿Si estuviese tan apasionada como vos?

—Ah, entonces sería el mas dichoso de los mortales, pero no es posible.

—Pronunciad su nombre, yo veré si puedo hacer algo en favor vuestro.

—Señora, permitidme....

(Se continuará.)

RECREOS DE INVIERNO.

UN VIAGE A LA COSTA DEL MEDITERRANEO (1).

SEVILLA.

Fundición de artillería.—Fábrica de cápsulas.—La Cartuja y otros establecimientos.

La amabilidad de mi compañero de berlina, el entendido gefe de la escuela de artillería don Pablo de la Puente Fernandez, me proporcionó presenciar la fundición de cuatro cañones de á ochenta destinados con otros muchos á la Habana.

Por estrechas y sucias callejuelas se vá á la puerta de la Carne, si mal no recuerdo, y á un extremo del barrio de San Bernardo, y próximo á la huerta del Rey, está la hermosa fábrica de fundición, única de su clase en España y de las mejores de Europa; siendo establecida por el fundidor Juan Morel en 1563. Por una calle de casas y árboles, se llega á este elegante edificio, de moderno y original aspecto, y con linda entrada.

Las personas convidadas á presenciar la fundición, se dirijan al taller de moltería en el que hay tres hornos para la fundición de las piezas de grueso calibre:

El uno de cabida de 500 qq.
Otro id. de 600
Y el 3.º id. de 700

Este último era el que estaba ardiendo. A su frente, y á una cuerda distancia, se iban sentando los convidados, especialmente las señoras. Los hombres, en general, lo inspeccionábamos todo. La idea de ser el único establecimiento que España tiene de esta clase, como he dicho, nos lisonjaba y enorgullecía lo bastante para examinarlo y contemplarlo; para admirar aquel grande salón, y sus bien ordenadas divisiones y su aseo.

El horno, en tanto, era un verdadero infierno; el cráter de un volcan ardiente, que devoraba sin intervalo haces de leña; pues una hilera no interrumpida de operarios alimentaba con gruesos troncos aquella boca, que en el acto los aniquilaba.

Los moldes estaban ya preparados, perpendiculares en el suelo.

A una señal, se pusieron delante del horno dos operarios con un largo hierro puntiagudo; y así como en la antigüedad se franqueaba brecha en un muro á golpes de ariete, de la misma manera se abrió en el horno un agujero, por el cual comenzó á vomitar un arroyo de bellissimo liquido; pues aquel color que participaba de todos los del iris, formaba un conjunto tan agradable, que se gozaba sin duda en ver salir por aquella boca de fuego un raudal de bronce que formaba espuma y salpicaba gotas, corriendo bullicioso á llenar los huecos que le esperaban.

Cerca de media hora duró aquel pequeño rio de bronce; y rebasando ya en los moldes, echaron sobre ellos espuestas de carbon que en el acto se convirtieron en ascuas, y quedó terminada la fundición de los cuatro cañones de á ochenta.

Pasamos luego á los molinos y lavaderos de tierras, al taller de afinos y fundición de hierro con hornos

(1) Véanse las cuatro cartas publicadas en los números 97 y 100.

de reverbero; á la fundición chica, que tiene cuatro hornos, al taller de ladrillos refractarios, á los almacenes, al laboratorio de química para los análisis de los metales y tierras, al taller de máquinas que consta de cuatro de las mismas, de sangre para barrenar y tornear las piezas, y de una máquina para tornear los muñones y contra-muñones de ellas, con otra máquina para centrar las piezas á fin de poderlas colocar en las de barrenar y tornear.

Se pasa luego al taller de limado y grabado, donde se ven las piezas terminadas con exacta y elegante perfección; y por último, á la sala de reconocimientos.

Todo es aquí completo y bien entendido. Por ahora se funden anualmente sobre cincuenta piezas; y con fondos suficientes, pueden fabricarse hasta ciento cincuenta de todos calibres. Hasta el presente, se han fundido en este establecimiento mil doscientas piezas de artillería de bronce.

Se funden tambien las cureñas de hierro modernas, y toda clase de efectos para el arma. Por supuesto que se siguen en esta fábrica los adelantos conocidos, y así como se han fundido obuses á la *villantrous*, se funden ahora cañones á la *phaixans*.

Al salir de este magnífico establecimiento, en el cual se invierte agradablemente toda la mañana, no puede uno menos de sentir esas dulces y halagüeñas emociones que nos hace experimentar una satisfacción patriótica, un noble orgullo nacional satisfecho.

—La pirotécnica militar, ó fábrica de cápsulas y chimeneas para los fusiles de piston y cuantos fuegos artificiales necesita el arma de artillería, es otro de los establecimientos dignos que encierra Sevilla, y que ningun viagero debe dejar de ver, tanto por su importancia, como por ser tambien el primer establecimiento de su clase que hay en la nación.

Fundado hace dos años, ha dado ya prodigiosos resultados, pues lleva elaboradas tres millones setecientas mil cápsulas, y construye anualmente cien mil chimeneas, siendo menos de á real el coste de estas, cuando hasta ahora, y aun en las demas fábricas, cuestan á dos reales.

No es mi objeto hacer aquí una minuciosa descripción, sin embargo de merecerla, de los trabajos que por un sencillo mecanismo se usan para la construcción de cápsulas y chimeneas; solo diré que una tira de cobre laminado que tuve en mis manos, la vi convertida en cápsulas en breves momentos, pues casi al paso vi cortarla en estrellas, quitar á éstas las rebabas, ponerlas en los embutidores, donde, por un ingenioso mecanismo, sale completamente formada la cápsula. Se las da pulimento con pasmosa facilidad en un cilindro con aserrín, se carga á cincuenta y seis á la vez la pólvora fulminante, sufren un peso de cincuenta mil libras en la prensa hidráulica, y despues de secas, ya pueden servir.

Allí mismo está tambien la fábrica de pólvora fulminante, para lo cual hay un laboratorio químico, sabiamente dispuesto; pues está previsto cualquier percance que pudiera ocurrir en los graneadores si se inflamara el fulminante, merced al continuo roce en que se le tiene. Para tan deplorable caso, hay unos parapetos tras de los cuales están los operarios, sin perder de vista las operaciones.

Con la misma facilidad que las cápsulas, se construyen las chimeneas.

El motor de todo es una máquina de vapor de fuerza de seis caballos; y ahora van á poner otra de cuarenta para un establecimiento de cilindros laminadores para hacer las planchas de cobre. Los señores Venene y Nobella, con esa urbanidad y franqueza militar que tanto les distingue, me enseñaron hasta los elegantes modelos de esta nueva fábrica, que deseo ver planteada en breve para mayor gloria de nuestros adelantos científicos.

Los mismos señores me hicieron ver el taller de fuegos artificiales, probando algunos, y llamándome la atención especialmente los *estopinos á fricción*, nuevo y asombroso descubrimiento para dar fuego á los cañones sin necesidad de espoleta, ni de mecha. Las ventajas de tales estopinos son inmensas; bástele saber, amigo mio, que son de metal, y el fuego lo comunica la ligera fricción de una chapita que cubre el ánima: que el fuego alcanza hasta setenta y cuatro pulgadas en línea vertical, y cuarenta y una en horizontal; que atraviesa cuatro telas de lanilla, dando fuego; y por último, que sumergidos en agua veinte y cuatro horas, han dado despues fuego sin faltar uno.

Al ver, amigo mio, aquel laboratorio de instrumentos de destrucción, aquellas camisas embreadas, aquellas carcasas, polladas, etc, etc, no podía uno menos de pensar tristemente de los adelantos que parecen todos destinados á la destrucción del hombre, pues hasta los que como el vapor son beneficiosos á la sociedad, matan á individualidades que, no sabiendo emplear mas que sus fuerzas, quedan nulas ante el omnipotente esfuerzo de una caldera de agua cociendo.

Todos estos objetos son construidos por soldados, que fabrican ademas lindos caprichos de fuego que vi arder.

Despues de haber invertido tambien una mañana en este establecimiento, salí por su improvisado jardín, tan frondoso ya como los de la Fuente Castellana de Madrid, y atravesando el estenso campo de San Sebastian, ó de la feria, entré en Sevilla por la puerta, y ancha y recta calle de San Fernando, que es sin disputa la mas hermosa de la ciudad.

—La visita á la fábrica de loza de la Cartuja es una expedición tan poética como industrial.

Principio y fin.—Escenas de costumbres.



Está situada á la orilla opuesta del Guadalquivir; y mejor que ir á ella en carruaje atravesando el puente con largo rodeo, recomendaré atravesar el río en una de las barcas siempre dispuestas que atracan á la puerta de la misma fábrica.

Este grandioso establecimiento industrial es uno de los mas magníficos de Sevilla: su aspecto es vistoso, ofreciendo una halagüeña perspectiva aquella multitud de hornos y chimeneas humeando siempre, sus torres y caseríos.

Allí se vé el barro convertido por la industria del hombre en los mas elegantes y caprichosos objetos. Fómase con la mano un plato, una taza, un jarrón, se cuece, estampa en él una niña esas láminas que admiramos todos los dias, y que allí mismo se imprimen, quedan calçadas, se da el baño de barniz, y lo que tarda en secarse, tarda en quedar concluida la pieza.

Para los de mas lujo, hay un taller de dorado que lo hacen jóvenes sevillanas, ya muy entendidas, viéndose salir de sus manos lindisimos caprichos de oro, cuyo metal se dá por medio de una operacion quimica.

Al fundarse esta fabrica bajo la razon social del entendido señor don Carlos Pikman, se trajeron de Inglaterra cincuenta y seis maestros con obligacion de enseñar á aprendices españoles, que están en la categoria de sus profesores, que marcharon á su pais cumplida su mision.

Trabajan diariamente sobre quinientos operarios, que apenas dan abasto á los cuantiosos pedidos de casi toda España.

La asombrosa facilidad con que se hace la loza, solo puede comprenderse diciendo que los tiradores de volante, hacen de doscientas cincuenta á trescientas docenas de piezas menudas al día; los torneros, de ochenta á ciento veinte: los platilleros, noventa; los plateros, cuarenta; los estampadores con tres muchachas, de treinta á noventa etc.

Las existencias que hay generalmente en construcción y concluidas, pasan de doscientas cincuenta mil docenas.

El consumo de las primeras materias y combustibles asciende á doscientos cincuenta mil quintales al año.

Mas podia construirse aun, si se aplicara el vapor á la fabricacion, pero el laudable patriotismo del señor Pickman no quiere reducir á la miseria tantos brazos. Y esto me recuerda la contestacion que me dió un anciano que estaba haciendo tazas, á quien dije que con el vapor se cuadruplicarian las docenas que él se vanagloriaba de construir, á lo cual me dijo:

—¡Qué se haría entonces con los brazos de los que no saben pensar!

Admiré su contestacion.

Desde la fábrica pasó á una huerta, propiedad también del establecimiento. En su magnífica estension hay mas de tres mil naranjos y limoneros, y otros tantos frutales de otras clases, ademas de variadas flores. A un extremo, hay un lindo templete gótico, con un Kiosco, desde el cual se goza de la vista de un precioso panorama, cuyo color varia á medida del cristal por donde se mira: ya se vé un pais teñido por el purísimo rojo de una aurora boreal, asemejándose el Guadalquivir á un lago de sangre; ya parece bañado todo por una luz de azulre tan tétrica como amarillenta; ya en fin se contempla la suave oscuridad de una noche algun tanto azulada, y tan misteriosa como poética.

Lisongeado el ánimo con tan gratas emociones, salió de la Cartuja, y volviendo á tomar la barca, pasó el río, contemplando la variación que sufriera aquel santuario, antes de recogimiento y silencio, y templo ahora de animación y bulla. Antes se dirigían allí preces al señor; ahora se dirigen himnos al trabajo y á la virtud, y no porque falten los altares en la iglesia, y los monjes en el edificio, han sido la una y el otro profanados. Donde había un altar, hay un taller, donde gana un cristiano su sustento y el de su familia; donde había monjes, hay obreros que dan á la patria el tributo de su sangre, de su sudor, de sus manos y de su ser de hombres.

Ni la religion, ni la sociedad, ni la patria, han perdido nada con la metamorfosis que ha sufrido la Cartuja de Sevilla; todo lo contrario, ha ganado. ¡Plegue al cielo que viéramos iguales cartujas en todas las villas y lugares de España!

Otras fábricas hay dignas de verse, como la del extracto de orozuz á la orilla opuesta del Guadalquivir, junto al barrio de Triana; la de cristales en el ex-monasterio de San Gerónimo de Buena Vista; la de fundicion de hierro y máquinas de Bonaplata; la de refrescos en pasta, en los Humeros; la de gas lumínico de vino; la de jabon, las de curtidos, y las muchas de hilados y tegidos de seda, hilo, algodón, lana, etc. Pero sería pesada su descripcion, por mucha aficion que hubiese á estas cosas.

Solo terminaré diciendo que á la riqueza agrícola de Sevilla, se va igualando la industrial, que llegará á hacer de esta hermosa ciudad un emporio de opulencia.

A. PIRALA.

LOGOGRIFO.



DIRECTOR Y EDITOR, F. DE P. MELLADO.

Establecimiento tipográfico, calle de Santa Teresa, núm 8